

Comentario ecuménico desde la perspectiva protestante

Alfredo Abad Heras

Pastor protestante. Secretario general de la Iglesia Evangélica Española (IEE)
E-mail: aabad@moebius.es

El Concilio Vaticano II es para los protestantes una referencia importante por la coincidencia de propósito en la «reforma de la Iglesia». Aunque en su día se le denominó *aggiornamento* para evitar el término «reforma», nos sentimos identificados con las palabras de Juan XXIII, que describía así lo que debía ser el magno encuentro:

- *El Concilio quiere situar a la Iglesia sobre un pedestal. No para ofrecerle el incienso de sus alabanzas, sino para contemplarla cara a cara y preguntarle abiertamente: «Iglesia, ¿quién eres? ¿Qué piensas y qué dices de ti misma?».*
- *El Concilio pretende abrir de par en par las ventanas de la Iglesia para que pueda entrar en ella aire fresco.*

Este planteamiento es el que generó espacios y encuentros para que el Vaticano II fuese una apertura real a la construcción, por parte

católica, del movimiento ecuménico. No obstante, la recepción en medios protestantes de la época fue ambigua: por una parte, había desconfianza hacia lo que significaba de verdad el Vaticano II y, por otra, se señalan signos reconocibles de un cambio de signo.

Respecto de los primeros, comenta el pastor Enrique Capó en la revista oficial de la Iglesia Evangélica Española la visita de Pablo VI al Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra: «Pablo VI ha querido ser fraternal y franco al mismo tiempo y, en un elevado porcentaje, lo ha conseguido. Lo que nosotros quisiéramos es encontrar esta misma franqueza en nuestros propios ambientes ecuménicos»¹. En cuanto a los segundos, en la misma pu-

¹ Carta Circular n.º 209, mayo-junio 1969. Editado por Iglesia Evangélica Española, Barcelona. Sección «La Actualidad», *Pablo VI visita Ginebra*. Enrique Capó i Puig.

blicación² se valoraba una carta dirigida por el mismo Pablo VI a monseñor Morcillo, arzobispo de Madrid-Alcalá con ocasión del 50 aniversario de la consagración de España al Corazón de Jesús, alabando la ausencia de triunfalismo al no hacer uso de expresiones del tipo «España católica» y, justo lo contrario, se apreciaba la fidelidad al Concilio y a la marcha de la historia, precisamente en un evento de unión entre el trono y el altar.

Notas para hoy del Concilio Vaticano II en su 50 aniversario

En este otro 50 aniversario del Concilio Vaticano II me parecen dignos de reseñar algunos elementos de aquellas reacciones de la Iglesia protestante española: por una parte, la necesidad de que esos aires de renovación sigan inspirando la unidad de la Iglesia y, por otra, que realmente lo vivido en el Concilio siga manteniendo abierta la puerta de una esperanza renovada dentro de la Iglesia Católica en diálogo de «franca fraternidad», en palabras de Pablo VI en su visita al Consejo Mundial de

² Carta Circular n.º 209, mayo-junio 1969. Editado por Iglesia Evangélica Española, Barcelona. Sección «Recortes de prensa», *Sin triunfalismos*.

Iglesias, con las iglesias protestantes.

Con Santiago Madrigal³ y Hans Küng⁴ opino que uno de los aspectos más importantes del Concilio Vaticano II fueron su vivencia, sus debates, su propia tensión en las comisiones y su resolución en los documentos de debate. Estos dos autores, el uno estudioso del Concilio, el otro testigo directo, alaban la libertad con la que el Concilio pudo expresarse, lo que fue la gran intuición de Juan XXIII. En palabras de Küng: «Lograr la renovación de la teología y de la iglesia y el entendimiento ecuménico. Y para ello es básico la libertad de la Iglesia»⁵.

Considero que el proceso y el método de trabajo que se desarrolló en el Concilio en base al principio de colegialidad y a la búsqueda de encontrar una respuesta de la iglesia sobre lo que dice y piensa de sí misma fue un ejercicio más que necesario en la Iglesia Católica de hoy en su vertiente institucional. Al menos en el ámbito de nuestro país se ha vuelto a poner al día lo que el pastor Enrique Capó ya se-

³ S. MADRIGAL, *Unas lecciones sobre el Vaticano II y su legado*, Ed. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2012.

⁴ H. KÜNG, *Libertad conquistada, memorias*, Ed. Trotta, Madrid 2002.

⁵ KÜNG, *Ibid.*, 585.

ñaló, la necesaria franqueza en nuestros ambientes ecuménicos mediante el reconocimiento formal de la pluralidad religiosa de nuestra tierra y la creación de los instrumentos adecuados, como un Consejo Nacional de Iglesias.

Con esta posición crítica a su actual recepción en los ámbitos oficiales no señalo la ausencia total de franqueza y fraternidad. La hay, la ha habido y ha dado numerosos y relevantes frutos en nuestro país. Desde 1954 en España había una actividad ecuménica⁶, liderada por sacerdotes y laicos católicos, junto a varios pastores protestantes en Barcelona y Madrid. Con todo, todavía se perseguía al protestantismo y no había en España ni atisbo de libertad religiosa. No obstante, ese incipiente movimiento ecuménico estaba vivo e iría tomando nuevas fuerzas con el Concilio hasta convertirse en el caso de muchos católicos por medio de actuaciones francas y fraternas en algo irreversible.

La presencia protestante en el Concilio Vaticano II

Una de las características importantes del Concilio fue el que se

⁶ J. L. DIEZ MORENO, *Historia del ecumenismo en España*, Ed. San Pablo, Madrid 2008.

atrebiese a invitar a representantes de otras confesiones. De parte de los protestantes, tres personas acudieron al Concilio Vaticano II, Visser't Hooft, secretario general del Consejo Mundial de Iglesias; Lucas Visser, miembro de la Comisión de Fe y Orden del Consejo Mundial de Iglesias, y el teólogo Oscar Cullman. El teólogo Karl Barth también fue invitado, pero problemas de salud impidieron su presencia, aunque volveremos sobre su apreciación del Concilio.

Los tres estuvieron muy cerca del Concilio, no sólo por su presencia, sino por lo que éste dejó en su ministerio posterior. Buscaron en el campo ecuménico la apertura de los católicos y protestantes, recibiendo muchas veces un fuerte rechazo dentro de sus propias confesiones.

Visser't Hooft dijo que el ecumenismo era y es una cuestión de actitud, de nuestra manera de pensar. Cuando en su vejez le preguntaron si seguía manteniendo la misma opinión, contestó que sí, aun cuando éste se estaba vaciando de contenido; cuando dos cristianos, decía con humor, se reunían a tomar el té, se calificaba como un evento ecuménico. En realidad, reconocía, seguimos estando lejos de la unidad esencial. Nuestras respectivas conciencias cristianas nos lo impedían.

La historia, trabajos y desvelos de las grandes figuras del ecumenismo, mujeres y hombres, debe dejar en nosotros una huella profunda para que, como proclamó con el Concilio Juan XXIII, no hagamos oídos a los profetas de calamidades; pero al mismo tiempo debe sobrecogernos también la profundidad y grandeza del desafío que tenemos que afrontar, sin concesiones, para avanzar en una iglesia cristiana más unida.

El entonces Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias no recibió al principio el Concilio más que como una nueva maniobra de Roma para llevarnos a su seno, aunque posteriormente rectificó afirmando que el Concilio había sido una renovación radical de la Iglesia Católica al aceptar el ecumenismo. Mantuvo relaciones de amistad en holandés con el cardenal Wildebrands. Su gran preocupación fue siempre la unidad basada en Cristo. «Vosotros decís que Cristo es la respuesta. Yo digo Cristo es la pregunta», declaraba en la India en 1952.

Lucas Visser, miembro desde 1961 del equipo de la Comisión de Fe y Orden del Consejo Mundial de Iglesias y director de la misma de 1965 a 1979, participó como observador en el Concilio Vaticano II y estuvo muy activo en el grupo conjunto de estudio patrocinado por el

CMI y la Iglesia Católica. Fue también moderador del departamento de teología de la Alianza Reformada Mundial de 1982 a 1989. En este sentido el pastor suizo no sólo trabajó en el marco del movimiento ecuménico para la unidad de los cristianos, sino también para la unidad de las iglesias reformadas en el marco de la Alianza Reformada Mundial. Como teólogo estuvo muy activo en numerosos procesos ecuménicos, en particular en el estudio «Bautismo, Eucaristía y Ministerio» (Lima 1982). Henri Tincq señala una expresión de Lucas Visser cuando afirma que «para el tercer milenio no hay que unirse en torno al papa, sino en torno a Cristo». También como parte de su causa por la unidad dijo: «La iglesia dividida presenta al mundo un Evangelio contradictorio». En este sentido fue defensor del término «catolicidad», argumentando que habría que redescubrir lo que significa y liberarlo del empobrecimiento y de la reducción de la que ha sido víctima en el curso de la historia de la iglesia.

Pablo VI calificó a **Oscar Cullmann** como uno de sus mejores amigos, reconociéndole al mismo tiempo su contribución a la orientación bíblica, cristocéntrica e histórica de la teología conciliar. Los elogios del entonces cardenal Ratzinger a uno de sus libros sobre la

unidad le valieron al cardenal la crítica de protestante y de «discípulo de Cullmann», acusándole de hablar por él. Cullmann, por su parte, tenía también un elevado concepto de Ratzinger al que calificó de teólogo experto y con el que mantuvo una vasta correspondencia. Quienes realizan esta crítica (Francesco Ricossa) rechazan el ecumenismo y el Concilio como un «cuerpo extraño» a la Iglesia Católica.

De 1962 a 1965, Cullmann fue observador en el Concilio Vaticano II, gracias a la invitación del papa Pablo VI, con quien tuvo lazos de amistad. Años antes ya se le relacionó con Pío XII. En 1965 fue uno de los fundadores del Instituto Ecuménico de Teología Tantar, en Jerusalén. En 1995 recibió el Premio del Instituto Pablo VI, en Brescia (Italia), por su compromiso en favor del ecumenismo y por el esfuerzo de confraternización de las iglesias de la reforma con la confesión católica. Por su trayectoria, Cullmann puede ser considerado como uno de los pioneros del ecumenismo, labor que le llevó a colaborar también con la iglesia ortodoxa. Cullmann propone un modelo de unidad fundado en la convicción que la diversidad de las iglesias está ligada a los carismas que cada una ha recibido del Espíritu, y en su libro *Les voies de*

l'unité chrétienne (Paris 1992) formula el proyecto de una «comunidad de iglesias autónomas» que se reunirían en una «asamblea conciliar». En su libro *Estudios de teología bíblica* (Madrid 1973), en la introducción, fechada en la edición suiza en 1967, comenta con satisfacción que su escrito sobre la tradición (1953) fuese utilizado durante los debates conciliares y hasta la sesión plenaria en los que se abordó la «Revelación divina».

Karl Barth visitó Roma después del Concilio para trabajar *in situ* sobre la profusa documentación dejada por el mismo⁷ y, aunque es crítico con la declaración sobre la libertad religiosa, ya que la reconoce sobre todo como una libertad que reclama para sí la Iglesia Católica y no como una posición firme y decidida a favor de la libertad, sí que le concede al Concilio el estar inscrito en la historia y ser verdaderamente un Concilio de «reforma».

Conclusión

La memoria de este cincuentenario corre paralela al desarrollo y expansión del movimiento ecuménico.

⁷ K. BARTH, *Entretiens a Rome après le Concile*, Cahiers Théologiques, Ed. Delachaux et Niestlé, Neuchâtel 1968.

co. Los resultados del Vaticano II son una realidad en toda la iglesia cristiana y en particular en cómo se vive a sí misma la Iglesia Católica con vocación ecuménica. Quedan retos que afrontar, especialmente frente a los movimientos de contrarreforma de la *Dominus Iesus* y frente a algunas actitudes institucionales, particularmente en el retroceso sufrido en nuestro país, precisamente cuando más ha crecido la pluralidad del panorama religioso español.

Sin embargo, tanto el movimiento ecuménico hacia la unidad de la Iglesia, cuanto la renovación vivida por la iglesia católica en el Concilio no tienen marcha atrás. Son posiciones de fe que viven en la medida en que muchas mujeres y hombres creyentes se reconocen hermanos y hermanas con franqueza. La apertura ecuménica puede parecer lo que más nos preocupa del Concilio como protestantes; desde mi punto de vista, es la renovación de la iglesia. ■